

# Iktomi y la rata almizclera

Zitkala-sa



A l lado de un lago, bajo un enorme <sup>willow</sup> sauce, estaba  
sentado Iktomi, de las hadas araña, sobre el <sup>bare ground</sup> suelo  
desnudo. Con los tobillos <sup>ankles</sup> cruzados juntos, <sup>around</sup> alrededor de una  
olla de sopa, Iktomi se inclinó sobre un delicioso pescado  
<sup>boiled</sup> hervido.

Rápidamente metía su cuchara de <sup>horn</sup> cuerno negro en la sopa,  
porque tenía muchísima hambre. Iktomi no solía comer con  
regularidad. Con frecuencia, cuando tenía hambre, no  
tenía comida.

–¡Hau, mi amigo! –exclamó una voz que salía de entre el  
arroz <sup>wild</sup> silvestre.



## Iktomi y la rata almizclera



Iktomi se sorprendió. Casi se ahogó con la sopa. Miró a través de los largos carrizos desde donde estaba sentado, con la larga cuchara de cuerno suspendida a la mitad del viaje.

—¡Hau, mi amigo! —dijo de nuevo la voz, esta vez casi a su lado. Iktomi se volvió y vio a una rata almizclera empapada que acababa de salir del lago.

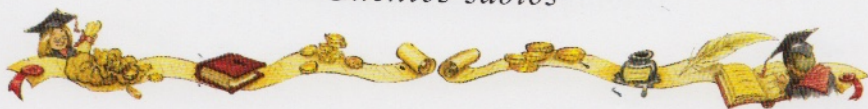
—¡Oh, es mi amigo que me sorprendió! Me preguntaba si entre el arroz silvestre estaría hablando algún espíritu. ¡Hau, amigo! —lo saludó Iktomi. La rata almizclera se quedó ahí parada, sonriendo. Tenía lista en la punta de la lengua la frase “Sí, amigo mío”, para cuando Iktomi le preguntara: “Mi amigo, ¿quieres sentarte a mi lado y compartir mi comida?”

Esa era la costumbre de la gente de las praderas. Pero Iktomi permaneció silencioso. Murmuró una vieja canción y golpeteó suavemente en la olla con su cuchara de cuerno de búfalo. La rata almizclera comenzó a sentirse incómoda ante semejante falta de hospitalidad y deseó encontrarse bajo el agua.

Después de varios minutos, Iktomi dejó de tamborilear con la cuchara y levantó la vista para ver a la rata almizclera a los ojos. —Mi amigo, corramos una carrera para ver quién se gana esta olla de pescado. Si gano, no tendré que compartirla contigo. Si ganas te daré la mitad. Iktomi se puso en pie de un salto y







comenzó a apretarse el cinturón.

–Amigo Iktomi, no puedo competir contigo. No soy muy rápido corriendo y tú eres tan veloz como un venado

–respondió la <sup>hungry</sup>hambrienta rata almizclera.

Iktomi permaneció un momento con la mano sobre su <sup>chin</sup>larga y saltona barbilla. La rata almizclera miró por el <sup>corner</sup>rabillo del ojo, sin mover la cabeza. Veía como el astuto Iktomi estaba dando forma a su plan.

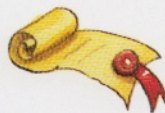
–Llevaré una piedra grande a la espalda. Eso compensará mi velocidad usual y la carrera será justa.

Dicho lo anterior, puso firmemente una mano sobre el lomo de la rata almizclera y comenzó a seguir la orilla del lago. Cuando llegaron al extremo opuesto, Iktomi se puso a buscar una piedra pesada.

Encontró una medio enterrada en el agua baja. La sacó a tierra firme y la envolvió en su manta.

–Ahora, mi amigo, tú correrás del lado izquierdo del lago y yo del lado derecho. ¡La carrera es por el pescado hervido que está en la olla! –exclamó Iktomi.

La rata almizclera le ayudó a Iktomi a ponerse la pesada piedra en la espalda y luego se separaron. Cada uno tomó un estrecho sendero a través de los altos carrizos que



## *Iktomi y la rata almizclera*



bordeaban la orilla. Iktomi encontró que su carga pesaba mucho. El sudor cubría como perlas su frente. Su pecho subía y bajaba con rapidez.

Miró al otro lado del lago para ver a qué distancia iba la rata almizclera, pero no la vio por ninguna parte.

—¡Bueno, está corriendo bajo, entre el arroz silvestre! —se dijo.

Sin embargo, entre los altos pastos de la orilla del lago, no se veía movimiento alguno que delatara al corredor.

—¡Ah! ¿Acaso ya ha pasado por ahí tan de prisa que los pastos se han quedado quietos otra vez?

—exclamó Iktomi. Con ese pensamiento dejó caer a toda prisa la pesada piedra—.

¡No más de esto!







—exclamó golpeándose el pecho con ambas manos.  
Con paso veloz, corrió sin detenerse hasta su objetivo.  
Montones de carrizos y pasto se doblaban bajo sus pies. Y apenas se habían levantado de nuevo, cuando Iktomi ya iba varios pasos más adelante.  
Pronto llegó al montón de cenizas frías. Iktomi se detuvo en seco, como si hubiera chocado con un muro invisible. Sus negros ojos mostraban un aro blanco alrededor al ver que el lugar estaba desierto. ¡La olla con la sopa ya no estaba!  
¡Tampoco se veía por ningún lado a la rata almizclera!  
—¡Oh! Si hubiera compartido mi comida con ella como un verdadero Dakota, no la hubiera perdido toda. ¿Por qué no recordé que la rata almizclera correría por el agua? ¡Él nada más rápido de lo que yo puedo correr! Eso fue lo que hizo. Se ha reído de mí por llevar esa piedra en la espalda mientras él salía disparado como una flecha.  
—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —rió la rata almizclera—. La próxima vez dile a tu visitante: “Siéntate a mi lado, amigo, déjame compartir contigo mi comida”.

